

tal cual era. Fox, por el contrario, aspiraba á introducir novedades en ella, y se lisonjaba de dominar desde la cámara de los Comunes así á la autoridad régia como á la aristocracia. En aquella continua lucha entre el patriciado de los propietarios y la plebe de los industriales, el estadista encuentra una escuela tan elevada como en el estudio de la república romana. Pero precisamente porque aquel es un estado de guerra, no se juzgarian bien sus intentos y sus hombres con ideas absolutas, y se haria mal en pretender que se aventurasen las muchas ventajas que van unidas á un desorden, ántes que resignarse á este ó contentarse con demolerlo por vias oblicuas, largas y no siempre morales.

## CAPÍTULO XVIII

Colonias Anglo-Americanas (1).

En el reinado de Jorge III se presentan en el Asia y en América hechos de suprema importancia, no solo por la continuación de la lucha entre Francia é Inglaterra, que es el carácter político de la historia europea en el siglo pasado, sino tambien porque aseguraron la superioridad de la civilizacion europea, que por medio del comercio se insinuó en la antiquísima y decaída de la India, y por medio de las colonias se engrandeció en el suelo americano.

Inglaterra tomó pequeña parte en el descubrimiento de América, porque era débil entónces en el mar, comparada con los Españoles y Portugueses, cuyos celos no queria excitar; pero Isabel, cuando se hizo enemiga de Felipe II, trató de humillarlo compitiendo con él en las regiones septentrionales del Nuevo Mundo. Bonísimas estas para el cultivo, no tenían metales preciosos, considerados entónces como la única riqueza, por lo cual fué preciso para llevar colonos alentarlos con tales privilegios, que ninguna nacion moderna los habia concedido iguales hasta entónces. Segun los otorgados á sir Humphry Gilbert, que mandaba una colonia en los países descubiertos por Cabot, cada colono gozaba de las ventajas de la ciudadanía inglesa, no reservando á la corona mas que un quinto del producto de las minas de oro y de plata. El valor y la avaricia no bastaron para dominar el país salvaje, y el mismo Gilbert pereció.

1578.

Virgini-  
a.  
1684.

Su cuñado Walter Raleigh, aquel capricho extraño de la fortuna de que ya hemos hablado, habiendo obtenido igual privilegio, envió á

(1) Además de los contemporáneos, y particularmente de DAVID RAMSAY (*The history of American revolution*, 1791) que tomó parte en aquella revolucion, véanse FRED. GENZ, *Die Ursprung und die Grundsätze der Americanischen Revolution*, 1800; los Italianos BOTTA y LONDONIO, y MAC GREGOR, *Historical and descriptive sketches of the maritime colonies of British America*, 1828; y además las obras recientes de los Americanos, y particularmente la de BANKROFT y W. POUSSIN, *De la puissance américaine; origine, institutions, esprit politique, ressources militaires, agricoles, commerciales et industrielles des Etats-Unis*. Paris, 1843.

Ricardo Grenville con colonos que abordaron á la triste isla de Roanocke; pero no tratando sino de buscar oro por todas partes, se esparcieron sin atender á la seguridad y á la retirada, por lo cual acabaron con ellos el invierno y los salvajes. No muy diverso fin obtuvo una segunda expedicion enviada por el mismo Raleigh, hasta que dedicándose á otras empresas, cedió su privilegio á una compañía mercantil de Lóndres. Esta, sin buscar posesiones, se contentó con el comercio que en las costas hacia con los salvajes, y sacó de este tanta utilidad que muchos se dedicaron á él, y habiéndose formado una compañía en Lóndres y otra en Plymouth, fundaron establecimientos en las islas de Isabel y Viña de Marta. Favorecidos por Jacobo I, que estableció allí el gobierno monárquico que no podia establecer en Inglaterra, erigieron á James-Town á orillas del Powhatan. Pocos y entre salvajes no supieron conservarse unidos, y eran continuas las rapiñas y las disensiones, hasta que el capitán Smith, habiendo obtenido la autoridad suprema, puso en orden las cosas y comenzó á internarse entre los salvajes, ya comerciando, ya haciendo la guerra (1). Viendo que prosperaba la colonia, aunque en vano se buscaba en ella oro, se enviaron nuevas personas por la compañía, y por el rey instituciones mas liberales; pero la corrupcion de costumbres y los salvajes redujeron en breve el número de sus habitantes. Lord Delaware puso algun remedio á esto y fijó la atencion en la agricultura, mientras por otro lado rechazaba vigorosamente á los salvajes; pero la profunda inmoralidad de una gente que no habia ido allí sino por la sed de oro, hacia inútiles el rigor y todas las medidas. Los salvajes, sin embargo, fueron poco á poco deponiendo el miedo, mejoróse el cultivo cuando se asignó terreno propio á cada uno, se introdujo el tabaco y se llevaron Negros que lo cultivasen; se disminuyó el monopolio, y los cultivadores libres y ricos pidieron y obtuvieron una constitucion á la inglesa. Jacobo I y aun mas Carlos I procuraron restringir aquella libre forma de gobierno, y sin embargo, los de Virginia no le perdieron la obediencia ni aun cuando Cromwell triunfó. El productivo tráfico que se hacia del tabaco, llevó allí mucha gente; muchachas honradas fueron á buscar matrimonio; algunos condenados á quienes Jacobo relegó, tomaron allí mejor vida, pero una conspiracion urdida por los salvajes estuvo á punto de acabar con la colonia, y muchos habitantes fueron muertos.

Entretanto lord Delaware, perseguido en Inglaterra y en la colonia por Católico, obtuvo la concesion de un país en el Potomat, que se llamó Maryland y fué poblado por Católicos. Hicieronse estos amigos de los salvajes empleando la humanidad y la justicia, y á pesar de las persecuciones y de la intolerancia puritana, prosperaron en la paz con un gobierno á la

(1) Véase el libro XIV, cap. 13.

inglesa y bien administrados por Carlos Baltimore. Calvert, que dió leyes al Maryland, fué el primero que estableció legalmente la perfecta libertad de conciencia, y de la paridad de todas las sectas cristianas formó la base del nuevo Estado.

Nueva  
Inglaterra.  
1607.

1620.

Masa-  
chusetts.  
1629.

La compañía de Plymouth habia echado entretanto los fundamentos de la Nueva Inglaterra: las dificultades que se presentaban la habian puesto casi en la precision de abandonar la empresa, cuando habiendo roto en guerra civil las disensiones religiosas de Inglaterra, ciento veinte puritanos, secuaces de Brown, fueron allá en busca de la tolerancia que no encontraban en Europa, y compraron á los salvajes un territorio, donde edificaron á Nueva Plymouth. Colocados en miserable condicion al principio, pero contentos por verse libres, se constituyeron popularmente como enemigos de la religion y de la política de Europa; pero el haber establecido la comunidad de bienes, les privaba de los impulsos personales que son necesarios para que prospere la industria.

Otros puritanos perseguidos por Carlos I establecieron en el Massachusetts la ciudad de Salem, despues Charlestown, con un gobierno á la inglesa; pero no sujeto á la supremacia política y sacerdotal del rey. Es memorable el acta de aquella fundacion: « Los abajo firmados, que para gloria de Dios, incremento de la fe cristiana y honra de nuestra patria, establecemos esta colonia en apartadas riberas, por asentimiento mutuo y solemne, ante Dios convenimos en constituirnos en sociedad política para gobernarnos y trabajar para el objeto de nuestro designio: y en virtud de este contrato convenimos en promulgar leyes, ordenanzas, reglamentos, y segun las necesidades, instituir magistrados, á los cuales prometemos sumision y obediencia. » Este es el primer caso de una sociedad política establecida segun las estrictas leyes del derecho, ejemplo para las demas y semilla de futura libertad.

Aquellas colonias se poblaban, no por la lucha protestante entre Católicos y reformados, sino por la divergencia de estos con la Iglesia Anglicana. No obstante el ejemplo de los tolerantes Católicos del Maryland, el fanatismo religioso atizaba los odios, las sectas se multiplicaron en perpétua lucha unas con otras; á Roger Williams parecieron signos de idolatria la cruz y el San Jorge que se ostentaban en la bandera inglesa, por lo cual la arrastraron sus partidarios, y desterrados por esto formaron otra colonia llamada la Providencia. Mistress Hutchinson, desterrada por sus fanáticas doctrinas, fundó una nueva colonia, que se unió á las precedentes bajo el nombre de Isla de Ródas, con un gobierno enteramente popular y tolerancia de opiniones, lo cual fué bastante para hacerla florecer.

Isla de  
Ródas.  
1621.

1623.

Weelwright, cuñado de la Hutchinson, desterrado del Massachusetts, se estableció en el territorio de la Nueva Hampshire y del Main; pero habiéndole disputado este terreno los

anteriores ocupadores y no arreglándose, fueron agregados al Massachusetts (1640).

Tambien Hooker, ministro de los congregacionistas, salió del Massachusetts con sus discípulos y se estableció en el Connecticut, de fértil suelo y agradable clima: á esta colonia se unió la de Newhaven, compuesta de Ingleses perseguidos. Los Holandeses se habian establecido en los países que median entre los territorios asignados á la compañía de Lóndres y á la de Plymouth, y la Inglaterra, temerosa de la activa concurrencia de aquellos, en medio de la paz ocupó su país, que fué cedido al duque de York, por lo cual su nombre, que ántes era Nueva Belgica, se cambió en Nueva York. Una porcion del país se adjudicó á lord Berkley y sir Carteret, que la llamaron Nueva Jersey; pero despues como no prosperase, la cedieron á la corona.

De este modo en medio de los tumultos europeos se iba extendiendo una fundacion que aunque es el hecho mas importante de aquel siglo, apenas se halla indicada en sus historia-dores: ya hemos dicho que allí se dió el primer ejemplo de la igualdad de todas las religiones. La Virginia es el primer Estado del mundo que se formó de comunidades independientes, esparcido sobre dilatada superficie y con gobierno fundado sobre el sufragio universal, de modo que en él se vieron desde un principio la soberania del pueblo, la libertad de comercio, la independencia de las sociedades religiosas y el voto universal. Este Estado y el de Maryland se constituyeron tan bien desde su cuna, que pocos fueron los progresos que tuvieron que hacer para llegar á la emancipacion. Las demas colonias les imitaban mas ó ménos, y prosperaban á pesar de las incesantes guerras con los salvajes y de las pretensiones del rey Carlos.

Cromwell quitó á los Franceses la Acadia ó la Nueva Escocia al Norte de la Nueva Inglaterra, muy rica por la pesca y por el comercio de pieles que allí se hacia con los salvajes. Las colonias se coaligaron para defenderse, y aprovechándose de las turbulencias de Inglaterra, se gobernaron como independientes, y hubieran llegado á gran prosperidad, si la intolerancia puritana no hubiese ocasionado continuos desastres.

Restablecida la monarquía en Inglaterra, trató Carlos II de afianzar en las colonias la autoridad régia: estableció en estas trabas y gabelas, y dispuso que el comercio con la metrópoli se hiciese tan solo en naves inglesas, y que el tabaco, el añil, algodón, arroz y maderas de construccion no pudieran traerse sino á Inglaterra: al mismo tiempo el parlamento decretó que algunos delinquentes fuesen deportados á América, lo que degradaba á este país en la opinion. Por estas y otras arbitrariedades se descontentaron los de Virginia y estalló la guerra civil, en la cual vencieron los realistas.

Carlos II aunque con la intencion de reprimir el espíritu de independencia de las colonias, no hizo en realidad mas que aumentarlo; cedió á algunos lores cortesanos suyos un vastísimo

1635.

1664.

1775.

Acta de  
navega-  
cion.  
1663.



territorio, que se llamó la Carolina. Pidieron para esta una constitución a Locke, el cual la escribió, pero inútil, llena de títulos y de falta de aplicación, y la continua lucha entre propietarios y colonos hubiera concluido con la colonia, si la libertad de conciencia no hubiese llevado a ella a muchos.

La lucha de Carlos II con el parlamento permitió a las colonias obrar como independientes y traficar con las demás naciones a despecho del acta de navegación. Cuando después Jacobo II trató de restablecer la autoridad real y poner bajo su gobierno a las colonias, estaba en estas preparada una rebelión; pero habiendo sucedido la casa de Orange, Guillermo, aunque restringió su constitución, dió en cambio muchos privilegios para el comercio. Cuando la Revolución de 1688, las colonias americanas inglesas contenían sobre 200,000 habitantes en esta forma: 44,000 el Massachusetts, Plymouth y Maine; 12,000 el Nuevo Hampshire y Ródas; de 17 a 20,000 el Connecticut, de modo que toda la Nueva Inglaterra contaba 76,000 habitantes; Nueva-York tenía lo ménos 20,000; la mitad Nueva Jersey; la Pensilvania y Delaware sobre 11,000; 20,000 el Maryland; 50,000 la Virginia, y las dos Carolinas con la Georgia 8,000.

Entre las colonias del Norte y del Sur quedaba un ancho territorio, en el cual había querido ya Gustavo Adolfo formar un asilo para los perseguidos en Europa por opiniones religiosas. Carlos II le concedió a Guillermo Penn, hijo del almirante, fervoroso cuáquero, con un pequeño tributo y con el derecho de dar leyes conformes con las inglesas, y la promesa de que el rey no podría establecer nuevos impuestos sin el consentimiento de Penn y de la asamblea. Raynal pinta a este como uno de los mayores bienhechores de la humanidad, Montesquieu como el Licurgo moderno, y Franklin y otros como un perfecto charlatan. La constitución que publicó antes de salir de Inglaterra era no más que un cebo, pues cuando llegó a América, puso en su lugar otra que redundaba en su interés personal. La elección de los consejeros y funcionarios públicos se la reservó para sí en vez de depositarla en el pueblo; lo mismo hizo con el poder ejecutivo y con el derecho de interponer el veto en las deliberaciones del consejo, y el de tratar con los Indios para la compra de territorio. Impuso a los colonos una contribución que, aunque leve en un principio, se aumentó después y proporcionó grandes riquezas a sus descendientes: también impuso una contribución a los propietarios, exceptuando de ella a sus sucesores, que quisieron conservar este privilegio contra el voto unánime, lo cual fué origen de grandes discordias (1). Sin embargo, donde el interés no le extravió, Penn dió

(1) En 1707 los colonos le presentaron una petición que empieza así: «Nosotros y el pueblo por nosotros representado, oprimidos y arruinados por la mala administración y los manejos de tu diputado y por la detestable conducta, repugnantes procedimientos y enormes exacciones de tu secretario, sucum-

prudentes reglamentos; la secta a que pertenecía le aconsejaba el trabajo, la paz, la tolerancia religiosa, virtudes frugales y la sencillez laboriosa; por esto no se vió el insultante contraste de lujo y mendicidad en Filadelfia, ciudad que fundó en el punto en que el Delaware confluye con el Schuylkill (1).

Entretanto también los Franceses habían establecido allí colonias, y hubieran podido tener una grandísima parte en la civilización del Nuevo Mundo, pero no poseyeron nunca la perseverancia que hace prosperar las empresas: se prendaban de un lugar, se proponían establecerse allí, pero sin tener feroces designios de exterminio, y sin saber llegar al objeto a pesar de los obstáculos y de la conciencia. Además el despotismo feudal y monárquico no consentía hacer esas concesiones que dan prosperidad, y la proscripción de los protestantes quitaba el auxilio de brazos y de inteligencia. Sin embargo, eran queridos de los naturales del Canadá, porque eran tolerantes y se plegaban a sus costumbres, y los indígenas tenían también ciertas tendencias a las cualidades y defectos de los Franceses, cuales eran el amor a la guerra y a las aventuras, los placeres del momento más bien que una duradera felicidad.

Pero ni aun allí podían conservarse en paz Ingleses y Franceses, y habiendo querido los primeros hacer ellos solos el comercio de pieles con los Iroqueses, se promovió una guerra que turbó la prosperidad de las colonias. Combatieron con vária fortuna, y la fiereza de los salvajes se mezcló con la de los Europeos, hasta que la paz de Utrecht aseguró la Acadia a la Inglaterra.

No supieron conservar la paz los Franceses, que atentos siempre a recuperar aquel territorio, y no teniendo bastante fuerza para ello, solicitaban y armaban en contra de la colonia a los salvajes, los cuales la hostilizaban incesantemente: por otra parte los Españoles alentaban a los salvajes contra la Carolina, donde los colonos, viéndose en grande aprieto pidieron auxilio a los propietarios, y no alcanzándolo, trataron de hacerse independientes de ellos y lo consiguieron. Cuando cesó el avaro y desastroso gobierno de los propietarios y la constitución de Locke, teniendo todos parte en la legislación y la imposición de contribuciones, la Carolina floreció dividida en Septentrional y Meridional.

Pero no bastó su población para poderse extender por la pantanosa llanura del Mediodía, que permaneció desierta hasta que ciertos

bimos bajo el peso de las injusticias y de la opresión arbitraria de los malos ministros, que abusan de los poderes que les fueron concedidos por la corona y que a lo que suponemos, dominando tu espíritu, son causa de que nos hayas dejado sin consuelo. » Sabido es que los cuáqueros emplean siempre el tú.

(1) Bernardino de Saint-Pierre preguntó a Rousseau por qué como Penn no había ido a establecer una colonia. Rousseau respondió: «Qué diferencia de tiempo: entonces se creía, hoy no se cree ya en nada.»

filántropos pensaron enviar desde Inglaterra a los pobres que carecían de sustento en la patria. Esta colonia se llamó Georgia en honor del rey y fundó la ciudad de Savannah. Después el Suizo Pedro Pury condujo allí a cuatrocientos de sus compañeros, que fundaron a Purysburg. Pero los propietarios no quisieron hacer partícipes de sus derechos a los colonos, a los cuales se prohibió el empleo de los Negros y el uso del ron; leyes más morales que oportunas. Por estas causas decaía la colonia, cuando el no reprimido contrabando dió origen a la guerra de los Españoles y de los Ingleses; y la Georgia, que se hallaba expuesta a los primeros golpes sin hombres ni municiones, fué invadida por los Españoles; pero supo resistirse tan bien, que estos se vieron obligados a desalojarla. En la guerra de sucesión austríaca, enemistados Ingleses y Franceses, invadieron estos la Acadia, y aquellos sitiaron a Luisburg, ciudad de la Isla Real, importante por dominar el Golfo de San Lorenzo, las pesquerías de los bancos de Terranova y ser la llave del Canadá. Shirley, hombre atrevidísimo, intentó llevar a cabo esta empresa de loco, y habiéndolo conseguido, quiso hacer otro tanto en el Canadá, pero en la paz de Aquisgran, Inglaterra restituyó las conquistas, y las cosas quedaron como debían estar antes de la guerra.

Con esto se dejaban indeterminados los confines entre las colonias inglesas y el Canadá, que habían sido ya causa de disensiones anteriores. Además los Franceses se habían establecido en la Luisiana, a orillas del Misisipi, comarca tan dilatada como fértil, y tenían el gran proyecto de unirla al Canadá, ocupando los territorios intermedios, que llamaban Territorio del Oeste, encerrando a los Ingleses en el semicírculo formado por los Montes Aleganis. Con tal objeto pusieron fuertes en los lagos Ontario y Erié y en las fuentes del Ohio. Habiendo algunos comerciantes ingleses alcanzado de su rey un vasto territorio a orillas del Ohio, se opusieron a su ocupación los Franceses; los Canadenses reclamaron aquella tierra como suya y dijeron a los enviados franceses: «Padres, venir a edificar en nuestras tierras y apoderarse de ellas es demasiado. Padres, los Ingleses son blancos también y nosotros también un país intermedio que el gran Ser de lo alto ha destinado para nuestra residencia. Por esto ¡oh padres! os pedimos que os retiréis, como lo han hecho vuestros hermanos los Ingleses.»

Pero ni los padres ni los hermanos se retiraron, y solo la guerra decidió a cuál de los dos usurpadores había de pertenecer la pendiente occidental de los Aleganis. Los inquietos Acadianos fueron arrojados de su patria y dispersados por las demás colonias, dejando despojado el país. Por la discordia de los colonos y por impericia de los ministros de Jorge II, los Ingleses quedaron con frecuencia malparados; pero cuando Guillermo Pitt entró en el minis-

terio con animosas intenciones, todo cambió de aspecto, y redoblándose los esfuerzos, volvieron a ser tomados Luisburg y otros puntos importantes: Wolf se mostró héroe y murió venciendo (1). Los buenos sucesos son siempre grande impulso, así fué que los Franceses asediados en Montreal se vieron obligados a capitular, dejando el Canadá a los Ingleses y arruinado el poder francés en la América Septentrional. No se hizo esperar la paz de París, que aseguró a Inglaterra el Canadá, Isla Real y la Luisiana, obteniendo además de España las dos Floridas.

Desde la bahía de Hudson hasta el Golfo de Méjico, y desde el Atlántico hasta el padre de los ríos, como los Indios llaman al Misisipi, poseía Inglaterra más de noventa y doscientas millas de Norte a Sur, y mil de Oriente a Poniente. De estas colonias estaban situadas al Norte y al Levante las de Nueva Hampshire, Massachusetts, Rhodeisland y Connecticut; en el centro y al Occidente Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania y Delaware; al Mediodía las de Maryland, Virginia, las dos Carolinas y la Georgia; países muy a propósito para la agricultura, con cerca de dos millones de blancos, pero con poquísimas ciudades. Esta Nueva Inglaterra no era un establecimiento de industria y comercio como las factorías de África, ni una dominación sobre pueblos agrícolas de otra raza, como el imperio británico en la India y el español en Méjico y el Perú, sino un establecimiento religioso, donde desde el principio la libertad civil se mostró inseparable de la libertad de cultos, consecuencia necesaria de tanta variedad de sectas religiosas, pues que los puritanos fundaron a Boston, los cuáqueros a Filadelfia, los anglicanos a Nueva York y los Católicos a Maryland. Semejantes en origen, debían respetarse mutuamente, y así hubo allí libertad de cultos antes que en Europa se practicase la tolerancia religiosa.

Establecidas las colonias por los esfuerzos y a expensas de los particulares, el gobierno no se cuidó de ellas sino después y para sacar ventajas. Algunos de los colonos eran ciudadanos libres que habían emigrado para poder ejercer libremente su culto; otros eran malhechores deportados; otros pobres, llevados allí para trabajar, y que permaneciendo por algún tiempo en estado de servidumbre hasta pagar con su trabajo los gastos de transporte y del primer establecimiento, recobraban luego su libertad; por último, algunos señores obtuvieron tierras, donde fundaron el feudalismo a la ma-

(1) Herido en la cabeza y temiéndole que su ejército desfalleciese, se presentó con la cabeza vendada; pero en breve le hirió otra bala en el vientre; disimuló también esta herida y siguió dando órdenes hasta que recibió otra en el pecho. Obligado a retirarse y conociendo que moría, hizo que le levantasen un poco para ver la batalla, pero no teniendo segura la vista pidió noticias a un oficial. Al oír que el enemigo se retiraba dijo *estoy contento*, y espiró. Basta esto para compararlo con Epaminondas? Advértase que el Tebano murió afirmando la libertad de su patria, y Wolf murió en el Canadá por el capricho de un príncipe de Alemania.



nera inglesa: extraña mezcla de fugitivos, de especuladores, de entusiastas, de gente perdida, que sin embargo formaba un pueblo laborioso, el cual comprendía que el primer interés de una sociedad política es la mutua tolerancia.

No se vieron allí los excesos de las colonias españolas contra los indígenas, pero fué acaso mayor la fría y calculada destrucción; porque los Españoles, después de los primeros actos de violencia, entraron en sociedad con los naturales del país, de modo que ahora las dos razas están mezcladas, y pronto se fundirán en una mediante la libertad; pero los Anglo-Americanos, lejos de esto, rechazaron toda mixtion, desalojaron continuamente y por la fuerza á las razas indígenas de su territorio, y hoy mismo continúan la obra lanzándolas á morir á los desiertos mas allá del Misisipi, al paso que la civilización y la igualdad republicana no han conseguido todavía sofocar la preocupación contra los hombres de color.

En Pensilvania y Maryland se había conservado el gobierno de los propietarios, y su jurisdicción baronial se había extendido á las demas colonias, excepto Connecticut y Rhodeisland, que conservaban la libre constitucion concedida por Carlos II. Ricas y populosas estas colonias, se hallaban divididas en gobierno y en intereses, pero ya aparecian en ellas los elementos de una federacion: en 1637 contrajeron alianza para defenderse de los salvajes, y en 1690 celebraron un congreso en Nueva York, y proyectaron la conquista de la Nueva Francia, sin contar para ello con la madre patria; pero la liga ideada entre ellos inspiró recelos al gobierno inglés.

La Inglaterra casi no ejercía su primacía sino defendiéndolas y favoreciéndolas, y empleaba los impuestos, que, según dicen, no ascendían apenas á 3.000.000 de francos entre todas las colonias, en obras de pública utilidad. Solo en el comercio quería tener exclusivamente la ventaja.

Privilegios. Los privilegios concedidos á aquellas colonias estaban en contradicción con una máxima fundamental del sistema colonial de entonces, á saber, que solo la madre patria debía hacer el comercio de importación y exportación con ellas. Por tanto, reinando Jorge I se votó un bill que estrechaba los vínculos entre las colonias y la metrópoli con gran ventaja de esta; pero los colonos que por haber trasladado su residencia á otra parte, no creían haber perdido los derechos de Ingleses, se opusieron tanto á aquella ley, que al fin consiguieron que se conservase el sistema antiguo; y aunque muchas veces intentó Inglaterra establecer su monopolio, los Anglo-Americanos lo anulaban por medio del contrabando que hacían, principalmente con los Holandeses. La isla de Man, situada á veinte millas entre Inglaterra é Irlanda, fué primero reino independiente, después se unió á la monarquía escocesa, luego al reino de In-

glaterra, donde fué dada en feudo á Sir John Stanley (1745), desde cuya familia pasó á Juan Murray (1764); pero como era feudo de la corona y no se hallaba sujeta á las leyes del reino, servía de depósito al contrabando de América, por lo cual decidió comprarla el parlamento: con esto quedó interrumpido el comercio con los Americanos. Las manufacturas no podían prosperar mucho en un país sencillo, escaso de habitantes y donde era carísima la mano de obra; por lo cual los colonos se dedicaban con preferencia á la agricultura, y exportaban del Norte ganados, del centro granos, del Mediodía tabaco, añil, algodón y arroz. Eran también artículos de exportación las maderas de construcción y la pesca. La Inglaterra fijaba los precios, de modo que igualaban los de las muchas manufacturas que le remitía, y esto hacía que el dinero anduviese muy escaso, y que en su lugar tuviese curso un papel moneda improvisado y las pólizas del tabaco depositado en los almacenes. A esto debe añadirse que á causa de la incertidumbre de los límites de los países asignados á los diversos propietarios se multiplicaban los pleitos y los abogados, única gente que allí se enriqueció.

La colonia de la Virginia era la que mas había prosperado entre todas. Fundada por la aristocracia inglesa, conservaba su índole: las leyes, y en especial las de sucesión, favorecían la formación de grandes posesiones, cultivadas por esclavos; así que los señores adquirieron la costumbre y el carácter del mando, y desentusiasmados de todo trabajo servil, podían en desinteresados estudios perfeccionar sus entendimientos. Virginia, pues, tuvo, y aun tiene en parte, el privilegio de producir los hombres mas ilustres por su ingenio, como los Estados del Norte presentan los mas sobresalientes en la industria, en los negocios y en laboriosa perseverancia. Brownistas, independientes, puritanos, como eran los primeros colonos, dieron á la legislación y á las costumbres cierto aire judaico, consistente en una minuciosa observancia de las exterioridades, en un extremado rigor penal. La primera ley de Connecticut decía: *El que adore á otro Dios que el Señor, muera*. Asociábanse á esto las ideas protestantes, la de la igualdad de todos como inspirados y santos, la de la conciencia universal como árbitra del bien y del mal, la de la soberanía del pueblo. La fraternidad puritana, que después se desarrolló en filosofía política, inducía á los legisladores á cuidar de muchas particularidades, en otras partes descuidadas, para prevenir y satisfacer las necesidades sociales, como mantener los pobres con los fondos públicos, establecer las calles y caminos, proveer á la educación pública, tanto elemental como superior.

Así se difundía el espíritu democrático, y en breve crecieron las colonias en número y en poder. El rapidísimo incremento de Boston, Nueva York y Filadelfia mostraba á qué grado

de prosperidad estaban destinadas. Estas habían producido magistrados, administradores, guerreros; la caza y el comercio habían fomentado el espíritu de libertad y de oposición, trasplantado á aquel suelo por los primeros fundadores, y teniendo con la metrópoli comunidad de origen, hallándose separadas de ellas por medio mundo, habiéndola auxiliado en la guerra como aliadas libres, se sentían ya con bastante poder para dispensarse de una dependencia, que si había sido útil en sus principios, era ya onerosa por las exigencias de la madre patria, y porque había llegado á su madurez el genio nacional que hace de todo pueblo una individualidad independiente. Deteniales la necesidad de protección contra vecinos temibles como eran los Franceses en el Canadá y los Españoles en las Floridas; pero cuando en la vergonzosa paz de 1763 fueron estas cedidas á Inglaterra, quedó allanado también este obstáculo.

Militando en aquella guerra, habían aprendido los Anglo-Americanos la disciplina y probado sus propias fuerzas; pero los oficiales ingleses, enorgullecidos con sus reales despachos, despreciaban á los oficiales de las colonias, y el gobierno fomentaba los celos con dar á aquellos sueldo mayor; de modo que cada vez se exacerbaba mas la malevolencia entre unos y otros.

En la guerra de Siete Años los Ingleses habían adquirido predominio en Europa y América, y por esto creyeron que podían tratar á los pueblos con la misma arrogancia con que trataban á los reyes. Habiendo contraído grandes deudas, y hallándose agotadas en su patria las combinaciones fiscales mas ingeniosas, quisieron que las colonias, en cuyo interés se había hecho la guerra, contribuyeran á pagarla. Impusieron, pues, á los colonos una pequeña contribucion sobre los géneros que no importaban directamente de la metrópoli, como las telas y muselinas de la India y el té, y un derecho de sello sobre el papel necesario para los contratos públicos, cuyo producto, deducidos los gastos de administración, debía destinarse á pagar las deudas del Estado. Pitt y la oposición se opusieron á esta medida, pero Townshend decía: «Eso hijos establecidos por nuestros cuidados, alimentados por nuestra bondad, protegidos por nuestras armas, ¿se negarán ahora que han adquirido mas fuerza y riqueza á ayudarnos á soportar las cargas siempre crecientes?» El coronel Barre respondía: «¿Hijos establecidos por vuestros cuidados? decid mejor que vuestra opresión fué la que les obligó á huir á América á buscar allí un asilo entre indecibles padecimientos. ¿Alimentados por vuestra bondad? antes bien crecieron tan pronto como vosotros los abandonásteis; y cuando pensásteis en ello, solo fué para enviarles agentes que maquinasen contra su libertad y saqueasen su patrimonio. ¿Protegidos por vuestras armas? ellos son por el contrario los que las tomaron para vuestra defensa, los que abandonando la trabajosa in-

dustria, bañaron con su sangre la frontera, mientras que en el interior consagraban para vuestro solaz los ahorros de sus familias. Creedme, el espíritu de libertad que animó á este pueblo desde su origen, será el que lo anime siempre.»

Es de derecho consignado en la constitucion inglesa, como en las demas constituciones derivadas de los Germanos, que ninguno pague contribuciones sin haberlas votado: además una larga costumbre había hecho creer á los Anglo-Americanos que estaban exentos de cargas de aquella especie, y así es que levantaron gran clamoreo contra un acto tan arbitrario y para ellos tan perjudicial. Formaron asociaciones, pero fueron disueltas; hicieron reclamaciones, pero Grenville, ministro obstinado y arbitrario, las desestimó, y en las cámaras tenía grande apoyo una medida que, haciendo ingresar en el tesoro 300.000 libras esterlinas, aliviaria las cargas del pueblo inglés.

No quedaba, pues, á los Americanos mas remedio que oponerse abiertamente. Los primeros que se aventuraron á ello fueron los de Virginia, á los cuales siguieron los demas habitantes de la Nueva Inglaterra, negándose á recibir las manufacturas inglesas: terrible modo de arruinar un país que no vive sino de sus manufacturas. Mientras los hombres de orden organizaban la resistencia legal, la plebe se entregaba á ruidosas demostraciones; llevábanse al cementerio ataudes con la palabra *libertad* escrita en ellos; quemáronse los fardos del papel sellado, y para no usarlo, se interrumpieron los actos públicos en que se había declarado necesario, y se estableció una *sociedad de los hijos de la libertad* para afizar este incendio.

La supresión del consumo de las mercaderías perjudicaba á Inglaterra mucho mas de lo que la habría aprovechado el sello; la oposición en el parlamento secundó las razones de las colonias, y habiendo subido al poder con Pitt, propuso y obtuvo la revocación de aquellas medidas. Esta revocación dió motivo en Inglaterra á fiestas aun mas bulliciosas que en América; pero además de que siempre se suele ver debilidad en un gobierno que condesciende con los deseos de un pueblo, á la ley de revocación iba unida la declaración de: «Estar las colonias» por derecho subordinadas á la corona y al parlamento inglés, de quienes dependían y en quienes residían la autoridad y el pleno poder de hacer leyes obligatorias para ellas. «Ahora bien, en la cuestión del impuesto se habían ventilado los derechos de la metrópoli, no solo sosteniéndose que al parlamento no competía decretarlo porque no tenían asiento en él los representantes de las colonias, sino también impugnándose toda clase de supremacía y poder legislativo de Inglaterra sobre estas. Pareció, pues, tiránica la declaración, y desde entonces se comenzó á pensar en la independencia y á prepararla. El parlamento obró con tal imprevision que irritó mas y mas á los Americanos;